

5. El siglo XIX. Nacionalización de la cultura y problemas políticos

El siglo XIX español comienza de una manera positiva (no puede empezar mejor desde el punto de vista de la construcción de una nación): una sublevación espontánea, popular, unánime, contra una invasión extranjera. Es la imagen que se hereda de esa guerra que queda bautizada a partir de los años 1840 como *Guerra de la Independencia*. A continuación se emprende una tarea, de **construcción positiva de la nación**, de **nacionalización de la cultura**. Se empieza por la historia, las historias nacionales, ya desde el siglo XVIII, pero sobre todo a partir del siglo XIX: historias de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de Italia o de España. Las **primeras historias de España** están **escritas por extranjeros** (tal vez por incapacidad o por falta de conciencia nacional, según Álvarez Junco). Hasta la primera mitad del siglo XIX, en España se sigue viviendo aún de la historia del jesuita Mariana, con los múltiples añadidos de los siglos XVII-XVIII. Pero desde 1823 hasta 1833 los intelectuales españoles se marchan masivamente y viven fundamentalmente en Inglaterra (Francia no es segura, pues está bajo la Restauración borbónica y Francia ha ayudado a Fernando VII a ser repuesto en el trono), donde, en una década de exilio, se editan dos periódicos en español. Los **liberales** aprenden la moderación política (pacto con el rey *à la anglaise*), el Romanticismo en la literatura y el nacionalismo (**hay que hacer historia nacional**). *Historia nacional* quiere decir que todo el pasado se interpreta como la historia de un ente colectivo: la nación; **se parte de que ha existido, desde los tiempos más remotos, la nación española, de la que se buscan rastros en los episodios míticos**: Numancia, Sagunto, donde se encontrarían los rasgos *permanentes* del carácter español, y que se repiten en Zaragoza y Gerona. **Lo primero que se hace en España es traducir al castellano las historias de España publicadas en Francia e Inglaterra**, y a continuación se elaboran historias propias: en 1850 aparece el primer volumen de la *Historia general de España* (30 volúmenes), de Modesto Lafuente y Zamalloa, la historia *española* por antonomasia durante 80 años que domina el mercado historiográfico español (Juan Valera hizo añadidos). Otras historias generales de España se escriben en la época entre 1850 y 1880.

Características comunes de todas estas historias. Lo fundamental: es un **relato mítico**, un relato sobre los orígenes de una colectividad, con rasgos extraordinarios que encarnan una serie de virtudes, las que supuestamente caracterizan a esa comunidad nacional y que esta debe mantener para seguir existiendo históricamente. Los personajes míticos tienen como rasgo esencial la afirmación de su propio carácter nacional, de su independencia, frente a sucesivas oleadas de invasiones. Mito del español resistente al invasor extranjero; mito de una tierra ubérrima (San Isidoro de Sevilla) que se ve golpeada por un invasor extranjero, por la envidia y la perfidia extranjeras. Es una **historia de mártires y héroes que redimen a la patria** (Viriato, Pelayo); una historia de sucesivas pérdidas y recuperaciones de la patria. De ahí que los rasgos del carácter nacional sean la belicosidad y una fiereza innata, que hacen que sea una nación imposible de ser dominada o vencida. (En estas historias se relegan a un segundo plano las creaciones culturales de tipo pacífico.)

Ya que son los **liberales** los **primeros en hacer las historias nacionales de España**, tienden a presentar la historia de España en términos de libertad, de una cierta democracia, de una tolerancia. La época ideal, el paraíso por excelencia, fue para ellos la Edad Media, cuando los españoles habrían luchado unidos, inspirados por un ideal religioso y a la vez patriótico, organizados en la España cristiana de forma *democrática*, respetándose los derechos de los pueblos, imponiéndole límites al rey, con tolerancia y convivencia entre las

tres culturas (cristiana, islámica y musulmana), etc. Con el triunfo del absolutismo, el país perdería su esencia. La enseñanza política de una historia de esta clase es obvia: debemos recuperar nuestra forma de ser, nuestras libertades, que es lo que dicen los liberales ya en las Cortes de Cádiz (Martínez Marina, *Historia de las Cortes de Cádiz*), lo que implica imponer una Constitución al rey. La derecha, ya en la segunda mitad del siglo XIX, reaccionará más tarde siguiendo el mismo esquema mítico, pero con otro contenido, otras etapas y otros objetivos políticos: fuimos un pueblo grande, que empieza con la Edad Media pero que se alcanza de verdad con los Reyes Católicos, y en especial con Carlos V y Felipe II, porque España estaba unida en torno a la Monarquía y el catolicismo; la providencia dio a España un gran Imperio para convertirse en potencia hegemónica del mundo; **la decadencia llegó, según el factor extranjero siempre presente en la historiografía nacionalista, cuando la influencia de ideas extranjeras hizo que los españoles empezaran a ser traidores a su propia esencia**, en especial en el siglo XVIII con el afrancesamiento [véase el enfoque “historiográfico”, nacionalista español, de las Roca Barea y Cía.], y a perder su unidad interna [referencia desafortunada de Álvarez Junco al marxismo, su “mitología”, los tres estadios de apogeo inicial, caída y luego recuperación del paraíso perdido; recuérdese el documento académico anticomunista sobre marxismo y mito].

También **la cultura se reformula en términos nacionalistas españoles**, siempre alrededor de la nación. Pregunta Álvarez Junco: ¿realmente para alguien de los siglos XVII-XVIII Cervantes era un novelista *español*? No. Se elabora el **concepto de literatura española**, ya desde fines del siglo XVIII. Las primeras se hacen por alemanes, franceses, norteamericanos. Desde 1840 aparecerán en España las primeras historias de la literatura española escritas por españoles, y la literatura que se produce versa sobre temas españoles (literatos como duque de Rivas o Zorrilla): las tropas de Carlos V pasan a ser tropas *españolas*, por ejemplo. **Se inventa así la imagen del pasado español**, poniéndoles voz a los héroes “*españoles*”: Viriato, Don Pelayo, etc. **Esa literatura, como en toda Europa, comienza siendo liberal y termina siendo cada vez más conservadora**: la primera generación romántica —los Larra, el primer duque de Rivas, el propio Martínez de la Rosa, Espronceda, etc.— son todos al principio liberales, e incluso liberales *extremos*, pero luego muchos de ellos se harán conservadores, como José Zorrilla, el más representativo, como en su obra *El puñal del godo*, ejemplo claro de mi[x]tificación histórica; aquí hay belicosidad, pero también caballerosidad, *monarquismo* (gran culto a la figura del rey, mucho más que a la libertad, como en los primeros liberales), fuerte identidad católica, idealización de la Edad Media, xenofobia en general y francofobia en particular (países que carecen de “virilidad”).

A la historia y la literatura cabe agregar la **pintura nacional** (ya surgida a fines del XVIII), el otro gran fenómeno del siglo XIX, como **elemento de nacionalización española que pone rostro a los héroes míticos “españoles”**. A partir de 1856 la Real Academia de Bellas Artes empieza a convocar concursos *nacionales* de pintura en los cuales el primer premio se concede sistemáticamente a un libro de historia, y entonces se crea la *historia nacional* a través de dichos concursos. Los pintores, sobre todo al principio, se dividen en dos grupos: liberales (hacen cuadros de Padilla, Bravo y Maldonado siendo ejecutados por orden de Carlos V) y conservadores (hacen cuadros del tipo de Fernando IV sufriendo ante Dios en sus últimos momentos), es decir, o libertad o religión, según el grupo de pintores, desde 1850 hasta 1890, aproximadamente. Temas del ente nacional que desarrollan los pintores: belicosidad, carácter guerrero, caballerosidad, catolicismo; unidad, independencia y libertad de España; gran predominio de la monarquía; poquísima presencia de científicos y aun de

literatos y pintores (pocas alusiones a Velázquez, por ejemplo), **la música** (como la renacentista, que **se nacionaliza**; en el siglo XIX se insiste en la necesidad de crear música *española*, considerándose una vergüenza que no exista, de ahí el esfuerzo operístico; papel de la zarzuela, aunque no se considera una música nacional suficientemente seria, pues es jocosa, de género chico surgido en cabarets; gran desarrollo de la música española entre fines del XIX y principios del XX, con apoyo estatal: Albéniz, Granados, Turina, etc., varios de ellos catalanes y todos con una característica común: todos escriben temas andalucistas, imponiéndose ya el **estereotipo andalucista**, haciéndose así temas de la Alhambra, moriscos, etc.).

También cumplen el mismo **papel nacionalizador** algunas de las llamadas **ciencias**, como la **arqueología**. Empiezan las excavaciones de Numancia y Sagunto, los lugares sagrados de la historia patria. La Academia de la Historia autoriza a José Ramón Mélida, el primer catedrático español de Historia Antigua y Arqueología, especialista en Egipto, tras quitarle el permiso al equipo alemán que trabajaba en el terreno. Se crea una cátedra de Arqueología en la Universidad de Madrid a fines del siglo XIX. Hay que sumar igualmente la **antropología**, que se empieza a inventar a fines del siglo XIX; fija la “raza española”. (De nuevo, Álvarez Junco compara las “tonterías” del nacionalismo vasco, por ejemplo, con las del nacionalismo español, como la idea mítica de la lucha por la independencia frente al dominador extranjero).

A la vez que los intelectuales españoles hacen esta tarea, los extranjeros elaboran también los **estereotipos nacionales europeos para las pocas naciones que se contemplan entonces** por la mayoría de ellos: franceses, ingleses, alemanes, italianos, rusos, españoles, quizá polacos y suecos, y no muchas más. Para ellos, las características de los españoles — catalogados en la primera visión del siglo XVI según la “Leyenda Negra” como soldados de Flandes, conquistadores, aristócratas ociosos, inquisidores, frailes fanáticos— a fines del siglo XVIII son vistos como graciosos (alusiones al fandango), y en el siglo XIX los cronistas franceses e ingleses hablan de tierras montañosas, lejanas y casi inaccesibles, de hombres bravos, mujeres fogosas y peligrosas (imagen de Carmen de Mérimée), etc. Para Álvarez Junco, la imagen del XIX no ha cambiado respecto a la del Antiguo Régimen, a la de la “Leyenda Negra”; lo que ha cambiado es la sensibilidad europea, no la imagen: lo que antes era un conquistador de América o un soldado de Flandes y se condenaba como un ser brutal, ahora es un guerrillero o bandolero; lo que antes era crueldad o codicia, ahora es temeridad, valor, espíritu aventurero; lo que antes era un aristócrata ocioso, ahora es un mendigo con dignidad y nobleza, que no se humilla; lo que antes era un inquisidor, ahora es un monje carlista; se aprecia ahora su intenso sentimiento religioso, no se condena su fanatismo. (Interesante analogía de Álvarez Junco entre la imagen de la España decimonónica por un inglés o francés y la del español actual respecto al Marruecos del siglo XXI.)

Viendo todo esto, **parece clara la existencia**, tanto fuera como dentro, **de una identidad española. ¿Dónde está entonces el problema?** “Porque”, comenta Álvarez Junco, “el siglo XX demostrará que hay un problema”. El problema viene sobre todo de un sitio: el **Estado**, que es **muy débil** [y de algo por lo que Junco pasa casi de puntillas: la tardía, débil y muy desigual expansión del modo de producción capitalista en España y la forma en que se desarrolla el ciclo político revolucionario burgués]: constantes agitaciones, revoluciones, pérdida de legitimidad por parte de absolutistas y liberales, moderados y progresistas, etc.; permanente vaivén de regímenes políticos y de pérdida de legitimidad. Los gobiernos no tienen tiempo para realizar una tarea lenta y de largo alcance. Es un Estado con grandes

problemas económicos, enormemente endeudado, gobiernos angustiados por los intereses de la deuda que se refleja en cada presupuesto [véanse los estudios de Jordi Nadal a este respecto]. Es decir, el Estado no puede crear servicios de ninguna clase: una beneficencia pública, escuelas, carreteras; no puede influir sobre la sociedad, **no puede hacer que los ciudadanos se sientan integrados en el Estado**; casi lo único que puede hacer es mantener al Ejército [recuérdense aquí los importantes estudios de Linz o Guereña]. Un Estado de este tipo, además, la mayor parte del tiempo está en manos de las **fuerzas conservadoras** que creen que la manera de mantener la lealtad de los súbditos es mediante la religión católica, es decir, **que no creen que haya que formar nacionales, patriotas, sino buenos cristianos**, dejando la educación en manos de la Iglesia. Junco recuerda que la ley de educación de 1857 no se lleva a la práctica por falta de fondos. Por ende, **no se ha escolarizado a la gente y, por tanto, no se la ha nacionalizado**, de ahí que la reacción ante el Desastre del 98 sea muy diferente.

6. El 98. “Desastre” y “Regeneración”

Desastre y Regeneración. La guerra de 1898 es la culminación del **siglo XIX**, de un siglo sin guerras para España, cuando toda Europa está envuelta en guerras (coloniales, pero también la guerra franco-prusiana de 1870, que anuncia ya la I GM). **España, desde las guerras napoleónicas, no ha participado en ninguna guerra internacional**, aunque sí ha habido tres guerras civiles carlistas [1833-1840, 1846-1849, 1872-1876], lo cual es sorprendente teniendo en cuenta que la Monarquía hispánica se ha enrolado en todas las guerras europeas de importancia desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta Fernando VII (desde 1495, en que los tercios llegan al sur de Italia, hasta las guerras napoleónicas). **Desde 1814 en adelante, España no participará en ningún conflicto de gran envergadura, ni en el siglo XIX ni en el siglo XX**. Es un actor irrelevante en el escenario internacional desde el punto de vista de las guerras. Tampoco desempeña ningún papel de importancia desde el punto de vista de la diplomacia. Constituye una potencia de tercera categoría. Es **la pérdida de gran parte del Imperio americano** el elemento decisivo, entre 1810 y 1825, que curiosamente **no causó un gran trauma nacional**, pese a que se perdió aproximadamente un 98 % del territorio imperial. ¿Por qué la pérdida del 2 % restante sí provocó el Desastre? Porque **ha ocurrido en esos 70 años el proceso nacionalizador**, porque en 1825 las élites cultas del país, con ambiciones políticas, estaban enfrascadas en la lucha por la limitación del poder real absoluto; la pérdida de las colonias se ve como una pérdida de la monarquía, del monarca. **A fines del siglo XIX, es ya “la nación” la que ha perdido el territorio**, por la “mala calidad de nuestra raza” (expresión típica de fines del siglo XIX).

El **primer problema de la Guerra del 98: ¿para qué sirve el nacionalismo?** El nacionalismo es para Álvarez Junco una ideología, pero a la vez un conjunto de ideas y una percepción de la realidad que puede tener fines muy contradictorios: modernización y a la vez oposición a la modernización, reforzamiento del Estado a nivel económico, belicismo y ampliación de los territorios del Estado, creación de imperios, anexión de territorios (irredentismo), creación de unidades más grandes (nacionalismo italiano o iberismo; **el resurgimiento del republicanismo portugués se hará “en términos estrictamente antiespañoles”, lo que corta las vías del iberismo**) o secesión de territorios y creación de unidades estatales más pequeñas, etc. Es un concepto polifacético y polifuncional. **Para los liberales españoles, el nacionalismo formaba parte de un plan modernizador**: limitación del poder del rey, laicización de la sociedad, Estado más fuerte, etc. Plan que desde 1843

hasta 1868 se queda empantanado; es decir, *fracasa el proceso nacionalizador*. Como el fortalecimiento del Estado; la Iglesia pone límites a la expansión del Estado. (El viejo sueño del nacionalismo español: recuperación de Gibraltar.) **Una de las debilidades del nacionalismo español en esa época es que carece de enemigos exteriores; a saber, el nacionalismo español no tiene objetivos políticos, y acaba encontrando un objetivo político a fines del siglo XIX: la contrarrevolución.** La nación es lo que se enfrenta con el internacionalismo obrero y, más tarde, con los separatismo vasco y catalán cuando, a fines de siglo XIX y principios del siglo XX, surjan estos como proyectos políticos claramente alternativos al español; o sea, **va a ser un nacionalismo básicamente reactivo, conservador, que a lo sumo sueña con mantener el Estado tal como está, lo cual se conecta con la tradicional mixtificación historiográfica nacionalista española** [véase *Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*]. Si a todo ello se añade la **debilidad económica y militar del Estado español decimonónico**, en comparación con las grandes potencias europeas, se comprende que la política española fuera, como dijo Cánovas, una “política de recogimiento”, es decir, de pasividad, ajena a la política internacional.

A fines del siglo XIX (1895), surge una rebelión muy seria en Cuba, la perla de las Antillas, la principal colonia española en ese momento, y muy bien conectada con las grandes familias españoles, en primer lugar con el Ejército, una fuente de prebendas propias, pero también con las grandes familias textiles, sobre todo catalanas, y otras industrias de exportación de España [recuérdese aquí a Nadal: alianza de *harineros castellanos e industriales catalanes*]: Grito de Baire. **Cuando surge el conflicto cubano, empieza una enorme retórica nacionalista que se ha ido aprendiendo a lo largo de todo el siglo XIX.** El **conflicto cubano** se agrava, además, porque los rebeldes cubanos empiezan a ser apoyados —al principio, de modo más o menos indirecto— por parte de los **Estados Unidos**. Empieza así la **propaganda española contra los norteamericanos**: múltiples grabados satíricos de la prensa española de la época; comparaciones míticas entre los patriotas de 1808 y los combatientes españoles contra EE. UU. de 1898; el tío Sam como bandolero, pirata o corsario; alusiones a los norteamericanos como tribus bárbaras que quieren destronar a Dios para colocar en su lugar al dólar, representados sistemáticamente como grandes comedores de cerdo, engalanados en dólares; se habla de **guerra santa, de cruzada; gran exaltación chovinista** en la prensa de España, incluyendo determinada prensa catalana y *en catalán*; la exaltación chovinista tiene también lugar, obviamente, al otro lado del Atlántico: el expansionismo norteamericano, que ridiculiza lo español con estereotipos de la “Leyenda Negra”.

Visto desde la actual perspectiva histórica, el conflicto de 1898 no fue materialmente importante: no hubo graves pérdidas o intereses dañados (Cuba y Filipinas eran más una carga que otra cosa); tampoco hubo una revolución, ni una crisis política, no cayó la monarquía, no hubo cambio de gobierno importante; tampoco hubo crisis económica (aunque la industria textil catalana se vio perjudicada, pero el acuerdo de París le preservó unos derechos durante diez años y los mercados se vieron compensados por otros en tierras americanas, además de que hubo repatriación de capitales que favoreció la industrialización española, el desarrollo de la Armada, etc.)... Para Álvarez Junco, **la crisis del 98 es sobre todo una crisis de conciencia, ideológica, “metafísica”, de la idea de España**, que se pone en cuestión: la “España sin pulso” de Silvela, el “más se perdió en Cuba”, la literatura de todo género que se dispara a partir del 98 sobre el llamado problema de España hasta los años 50; “España es una deformación grotesca de la civilización europea” (*Luces de bohemia*,

Valle-Inclán); es un **nacionalismo lastimero, autoflagelante, que consiste en contestar a la pregunta: ¿por qué hemos fracasado, como “raza española”, ante el mundo moderno?**

Dará lugar a la **generación del 98**, que **retoma o conecta la vieja literatura de la decadencia**, que venía de los arbitristas, de Quevedo (pérdida de virtudes militares, de virilidad, etc., lo que daba lugar a la pérdida del Imperio). La recurrencia a la pérdida de virilidad (Primo de Rivera, en el manifiesto de su golpe de septiembre de 1923, aludirá también a la virilidad, equivalente a la fuerza militar y a la estabilidad emocional del hombre), así como a la degeneración (discurso que tiene igualmente tintes anticlericales), es recurrente a la generación del 98, de ahí que se plantee el programa político de la regeneración. Se habla también de la **pérdida de la identidad nacional** y, por tanto, de la pérdida de la civilización, de la caída en la barbarie, en la animalización, en la excentricidad respecto a Europa, que no ha cumplido con su derecho y deber de mantener su imperio dominador y civilizador de pueblos atrasados. Segundo fenómeno que afecta a la generación del 98, que es extrapolable a toda Europa: **crisis del racionalismo positivista y del progresismo decimonónicos**. Se empieza a dudar de la capacidad de la razón y la ciencia para conocer y dominar el entorno; proliferan las ideologías irracionalistas, gran crisis de las élites intelectuales europeas del primer tercio del siglo XX, fermento del fascismo y catalizador, para Álvarez Junco, del comunismo. El único regeneracionismo político español que podía materializarse era el regeneracionismo de la *escuela y despensa* de Costa: construcción de carreteras, pantanos (obsesión por terminar con la sequía, lo que acaba con la tradición que venía de Isidoro de Sevilla, de los *laudes Hispaniae*, de la maravillosa y fértil tierra española, y empieza lo contrario: la España seca, negra de Antonio Machado y Luis Cernuda, como una madrastra). **Transformación espectacular de España durante el primer tercio del siglo XX guiado por un “nacionalismo constructivo”**: “la crisis de los años 1930 no es una crisis de un país miserable, oprimido, atrasado, bárbaro, etc.; es una crisis de un país con un desfase muy claro entre unas ciudades que se han industrializado, que (...) han desarrollado una cultura laica bastante avanzada, y una España rural que sigue estando en manos del caciquismo y (...) del clero rural” (Álvarez Junco).

7. El siglo XX. La Guerra Civil como conflicto entre dos visiones de la nación

La **primera mitad del siglo XX español** vive bajo el trauma del 98. Desde el punto de vista de la formación de la nación, se da una **gran oleada nacionalizadora**, y los intelectuales son perfectamente conscientes de ello, como Ortega y Gasset y Menéndez Pidal (para este último, Castilla y el castellano serán los elementos medulares de la formación nacional española). Acto cultural importante: tricentenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, en 1905, cuando confluyen las distintas generaciones intelectuales; el *Quijote* se convierte en un **auténtico símbolo nacional**. Asimismo, en 1908 se celebra el centenario de lo que todos consideran ya como *Guerra de la Independencia*. En 1909 se organiza el centenario del nacimiento de Larra. Se acaba estableciendo el **12 de Octubre** como **Día de la Raza** (o Día de la Hispanidad), en celebración del Imperio español. Constantes esfuerzos, por parte de todos los gobiernos —conservadores o liberales—, así como por Primo de Rivera y durante la II República, de nacionalizar el país durante las primeras décadas.

Con **Miguel Primo de Rivera** se llega al momento de **apogeo del nacionalismo españolista**. Es un nacionalismo diferente al de la generación del 98. El nacionalismo *noventayochesco* era demasiado crítico, angustiado (“Amo a España porque me duele dentro”,

diría Unamuno), como para hacer a partir de ahí una campaña nacionalizadora. En la segunda década del siglo XX empieza el **nuevo nacionalismo español**, con figuras como **José María Salaverría, Ricardo León, Eduardo Marquina, el Maeztu de ese momento, Ramón de Basterra y Zabala o D'Ors** (quien evoluciona del catalanismo al españolismo). Es un **nacionalismo simplón, optimista, centrado en las glorias imperiales**, como se observa en los poemas de exaltación españolista del catalán Marquina. A principios de los 20, con la nueva fase de la guerra de África, surge algo nuevo: canciones patrióticas (para enaltecer a las tropas que iban a Cuba se cantaba la Marsellesa). De ello participan grandes medios de masas como el periódico *ABC* (24 de febrero de 1918): se preconiza un **programa político de nacionalización de las “energías de la patria”**, así como el sistema de enseñanza, en el que se defiende la existencia, tomada de Francia, de un solo libro instructor o educador nacionalizador (proyecto fallido, en todo caso). El fundamento político del régimen primorriverista es la idea de patria, de nación, en su versión más conservadora: no une la monarquía, sino la patria [remito aquí a los estudios de Miguel Ángel Perfecto a propósito del corporativismo primorriverista y el nacionalismo español]. El partido de la Unión Patriótica (UP) actúa como “movimiento cívico”. En el boletín de UP se publican evocaciones de un pasado glorioso, además del himno nacional con letra de Marquina (primer intento de poner letra al himno español) y contra las llamadas falsas percepciones que los extranjeros tienen de España, utilizando a aquellos favorables a España, como hará el franquismo en los años 50 con Hemingway. En los billetes de banco, en especial de 1925, salen los grandes cuadros nacionales, así como en otros artículos como sellos o productos alimenticios (obsesión con Primo de Rivera por la higiene, por las escuelas). Grandes exaltaciones del 12 de Octubre: la raza, el Imperio, a partir de 1917, que coincidirá con la fiesta del Pilar. Elemento de gran relevancia: catolicidad de España. Además, se reconstruye la carabela de Santa María, se celebra la Exposición Universal en Sevilla y Barcelona, se inaugura la Plaza de *España* en Sevilla, etc. En suma, se asisten a una constante **españolización de la cultura**.

Pero la ola de nacionalismo español de esta época se encuentra con un problema: **es demasiado tarde**, han ocurrido demasiadas cosas. Problemas, en parte, porque **las élites intelectuales más modernas y con más sentido crítico están embarcadas ya en otros proyectos**: por ejemplo, la **revolución social** (por el anarquismo, por el socialismo durante los años 10: Araquistáin, Besteiro, Fernando de los Ríos; o por el comunismo, a partir de la Revolución soviética); u otros **nacionalismos alternativos al español** (catalanismo entre intelectuales catalanes, no así los vascos, que *en general* se han sumado a la ola de nacionalización españolista). Asimismo, el **Estado español** de esa época sigue todavía **en crisis**, dominado por la **idea de la derrota colonial** (y la guerra de Marruecos, aunque sea favorable a España, no tiene un sentido “heroico”). España no desempeña un papel importante en el mundo, no participa en la I GM. (En general, los intelectuales españoles son *aliadófilos*, en gran medida porque son **conscientes de que España necesita entrar en una guerra para favorecer el proceso de nacionalización**). España sigue sin tener un proyecto de política exterior que haga que se movilice a las masas detrás de una acción gubernamental como puede ser una guerra (la I GM es el **gran momento nacionalizador en Francia, Alemania o Inglaterra**). Además, las propias autoridades, y en especial la monarquía, siguen manteniendo una actitud un tanto ambigua en torno al proyecto nacional. (Álvarez Junco refiere actos de Alfonso XIII que son más *promonárquicos* o *católico-clericales* que *pronacionales* o **nacionalizadores**.)

Tras año y medio de transición, se instaura la Segunda República. Momento de gran movilización de masas por las élites intelectuales modernizadoras —en parte anticlericales— en los sucesivos gobiernos. La República empieza cambiando los signos nacionales españoles: la bandera, el himno o la fiesta nacional (14 de abril, lo que se entiende como un atentado para algunos, poco integrador o unificador). Hay un primer forcejeo entre la República y la Iglesia católica; retirada de símbolos religiosos de las escuelas públicas, que es vista como una agresión; gran movilización no por parte de los viejos partidos monárquicos, sino por la Iglesia católica a través de la CEDA y el *católico* Gil Robles [me permito remitir aquí al estudioso González Calleja sobre el *catolicismo militante españolista* de los años 30]; choque entre intelectuales laico-progresistas y nacional-católicos; para Álvarez Junco, el enfrentamiento durante la II República es fundamentalmente de tipo cultural entre ambas tendencias [es decir, diluye u oblitera el elemento *de clase*]. Enorme esfuerzo de la República en el terreno cultural: creación de escuelas, alfabetización en castellano sobre todo (no dejando a las regiones con autonomía la gestión de la política cultural, que está en manos del Gobierno central). Pero aquí **ocurre como con la nacionalización española: llega demasiado tarde.**

En cuanto al problema nacional en la Guerra Civil española, si en la Guerra de 1808 hay varios niveles de análisis, en la Guerra Civil española se entrecruzan también diversos niveles de conflicto: 1) conflicto internacional (implicación de los fascismos y de la URSS); 2) guerra social, lucha de clases; 3) guerra cultural (España laica frente a España católica; para Álvarez Junco, más importante que la pertenencia a una clase u otra); 4) guerra de una concepción “castellanista y centralista del Estado” frente a una “concepción más descentralizada”; 5) la España urbana frente a la España rural (Álvarez Junco se subleva frente a la “imagen panfletaria de la España de 1936” como un país pobre, miserable y sometido a la opresión política; el discípulo de José Antonio Maravall considera que España es un país que se ha desarrollado de modo considerable en solo tres décadas, y en particular durante el quinquenio 1931-1935: desarrollo formidable a nivel demográfico de Madrid, Barcelona, Valencia o Bilbao; mayor urbanización, laicización, etc.). Esta realidad compleja será simplificada por el nacionalismo de ambos lados, tanto franquista como republicana.

En el primer caso, nos encontramos con una retórica nacionalista *nacionalcatólica*, con la insistencia en la unidad, en el elemento del Imperio, en la autarquía, etc. Temas fundamentales: religión, orden, autoridad, jerarquía, conservación del orden social. Es un discurso dirigido sobre todo a las clases propietarias, con invocaciones permanentes a la patria; uso de la bandera rojigualda (*bandera nacional*), de ideas y símbolos católicos (idea de los caídos por Dios y España, sujeto mesiánico: los buenos y verdaderos españoles, que es otro nuevo triunfo retórico desde el punto de vista de la nacionalización). Los franquistas se denominan a sí mismos *nacionales*, reapropiándose de la idea de nación, mientras que llaman a los republicanos *rojos*, *ateos*, *enemigos de España*. El elemento *nacional* es bastante más fuerte en el lado franquista que en el republicano. Se habla de la “conjura antiespañola”...

En el bando republicano, asistimos a una retórica nacionalista liberal-progresista, populista, con una dosis de regeneracionismo laico, de raigambre decimonónica, con alguna referencia a la diversidad *cultural* y *regional*. Se habla de libertad, igualdad, progreso, democracia, socialismo, revolución, redentorismo obrero..., toda la “panoplia de mitos políticos modernos”. Uso de la bandera republicana tricolor, que no es llamada *bandera nacional*, sino republicana. El sujeto mesiánico es el pueblo, el proletariado. Los republicanos se llaman a sí mismos *leales*, mientras que a los contrarios los llaman fascistas, reaccionarios,

clericales, comecuras, carcas... Diego Abad de Santillán: “Nosotros, anarquistas, anarcosindicalistas, revolucionarios proletarios, representamos a España contra la anti-España. Esta guerra ha puesto de relieve que nuestro movimiento, calumniado y perseguido en todos los climas políticos, era la más auténtica manifestación de la nacionalidad española. Si no somos patriotas al estilo de los señores que hicieron del patriotismo de Estado un oficio, sentimos más hondamente que ellos los problemas nacionales”. *Mundo Obrero*, el órgano central del PCE: “El genio heroico de Daoiz y Velarde, del teniente Ruiz, de Malasaña, encarna en los soldados de las trincheras madrileñas”. El órgano anarquista *Solidaridad Obrera*: “Durante la lucha épica por la independencia nacional, las tropas francesas llegaron a creerse dueñas de la península. Sin embargo, la lucha continuó con la fe suprema que el pueblo ibérico sabe poner en defensa de sus libertades. La historia volverá a repetirse en relación con el fascismo imperialista”. Álvarez Junco relata la entrevista que mantuvo con Federica Montseny, cuando esta le negó que fuera una guerra civil, considerándola más bien una guerra contra los alemanes e italianos.

Ambos invocarán los *mitos nacionales*, la independencia de España frente a la invasión extranjera, la idea de reconquista, la nueva guerra de la independencia, con referencias a Viriato, Numancia y Sagunto, a la tradición guerrillera española... Con matices, en ambos lados hay un discurso *nacionalista*; no fue una lucha de *nacionales* frente a *antinacionales*. Terminada la guerra, empieza una verdadera ola de nacionalismo español exacerbado, sobre todo en las escuelas. Se lleva a cabo una gran depuración, principalmente de maestros, en lo que es una vieja pugna de la Iglesia contra los maestros laicos, pero también de periodistas, etc.). Se organizan e imparten clases de “formación del espíritu nacional” (versión nacionalista de la historia, estética falangista, etc.). Se difunde una creación cultural y literaria de fuerte carácter españolista y *catolicista*. Se da una expansión de monumentos políticos nacionalizadores y religiosos como el Valle de los Caídos, etc. Es una nacionalización verdaderamente frenética, que plantea los mismos problemas que antaño: es demasiado tarde, una vez más (es decir, que llueve sobre un terreno mojado por otras culturas), y **una parte importante de la sociedad no se identifica con determinada nacionalización española y sus símbolos**, máxime por su imposición violenta.

8. Último franquismo y Transición. Perspectivas actuales

Gran fracaso nacionalizador español del franquismo: no crea una nacionalización suficientemente integradora; incorpora solo la versión católico-castellana del nacionalismo (unión de nacionalismo y caudillaje, lo que excluye a buena parte de los españoles). La idea de carácter o esencia española, eterna, con una serie de características y problemas que son la raíz de su fracaso, etc., que defiende tanto el franquismo como gran parte de la oposición (ejemplos de hojas de propaganda de guerrilleros maquis durante los 40; hablan incluso de “nueva cruzada de insurrección nacional”, la idea de liberación “de España”, nacional, de amor a España, de patria sojuzgada y envilecida, etc., esto es, una retórica nacionalista, que cambiará considerablemente durante los 50 y 60).

Entre los medios intelectuales sigue predominando el *problema español*: intelectuales franquistas en sus orígenes que empiezan a distanciarse del régimen, ya desde fines de los 40, como Laín Entralgo: *España como problema* (1949), contestada por Calvo Serer: *España, sin problema*. Gran producción literaria española durante los años 40 y 50; invocaciones de Cernuda a la patria española (*nacionalismo dolido*), o de Carlos Bousoño. Pero no hay grandes creaciones intelectuales en torno a un problema político, el nacional. También hubo

inquietudes similares entre historiadores: famosa polémica entre Américo Castro y Sánchez Albornoz, los cuales participan para Álvarez Junco del mismo mito nacionalista (los dos a miles de km uno de otro, y ambos lejos de España), de problemas ya planteados por Menéndez Pidal y por Ortega y Gasset: herencia gótica, ausencia de feudalismo en España.

Tales planteamientos no duraron: final del problema de España en términos intelectuales, desde finales de los 50, tanto desde el interior —Julio Caro Baroja y José Antonio Maravall [recordemos las menciones de Maravall en *Sobre el mito de los caracteres nacionales*], polémica con el intelectual exiliado Salvador de Madariaga— como desde el exterior —Francisco Ayala, por ejemplo, para quien no existen caracteres nacionales eternos.

Curiosamente, **cuando las discusiones acerca de la esencia de España están terminándose, la obsesión por la identidad nacional renacerá en los nacionalismos periféricos**, con un éxito especial por parte del catalanismo y del vasquismo [Álvarez Junco confunde “reacción antifascista” con “reacción antinacionalista” al hablar de la Europa pos-II GM, incluyendo aquí a muchos exiliados nacionalistas catalanes y vascos], dos nacionalismos muy diferentes: ambos de mediados del siglo XIX, desde el punto de vista cultural (intentos de recuperar la vieja lengua; *Jocs Florals* en Cataluña, a partir de 1859), y de fines de los 90 del XIX, en términos políticos (en los años 80 ya hay un primer proyecto político ligado al catalanismo: reacción contra el Código Civil, dirigida por el Colegio de Abogados de Barcelona, para mantener un espacio jurídico diferente al del resto de España). Pero realmente es con la derrota de 1898 cuando surge un partido político catalanista: la Lliga Regionalista, que arrasa en las elecciones de 1901. El **catalanismo** se extendió mucho a través de una rica red de sociedad civil: sociedades excursionistas, folklóricas, etc., que fomentaban sus descubrimientos en lengua catalana, pero **sin oposición a la realidad española hasta 1898** (ejemplos de múltiples poemas de los *Jocs Florals* en que se exalta la identidad catalana como forma de ser español) [véanse los análisis al respecto de Josep Fontana]. Tras el Desastre, se presentará en los *Jocs Florals* un poema de Maragall: “Oda a Espanya”, profusamente citado, por ejemplo, por Pierre Vilar en sus múltiples escritos sobre el *problema catalán*:

Escolta, Espanya, — la veu d'un fill
que et parla en llengua — no castellana:
parlo en la llengua — que m'ha donat
la terra aspra;
en 'questa llengua — pocs t'han parlat;
en l'altra, massa.

T'han parlat massa — dels saguntins
i dels qui per la pàtria moren;
les teves glòries — i els teus records,
records i glòries — només de morts:
has viscut trista.

Jo vull parlar-te — molt altrament.
Per què vessar la sang inútil?
Dins de les venes — vida és la sang,
vida pels d'ara — i pels que vindran;
vessada, és morta.

Massa pensaves — en ton honor
i massa poc en el teu viure:
tràgica duies — a mort els fills,
te satisfieies — d'honres mortals
i eren tes festes — els funerals,
oh trista Espanya!

Jo he vist els barcos — marxar replets
dels fills que duies — a que morissin:
somrients marxaven — cap a l'atzar;
i tu cantaves — vora del mar
com una folla.

On són els barcos? — On són els fills?
Pregunta-ho al Ponent i a l'ona brava:
tot ho perderes, — no tens ningú.
Espanya, Espanya, — retorna en tu,
arrenca el plor de mare!

Salva't, oh!, salva't — de tant de mal;
que el plor et torni feconda, alegre i viva;
pensa en la vida que tens entorn:
aixeca el front,
somriu als set colors que hi ha en els núvols.

On ets, Espanya? — No et veig enlloc.
No sents la meua veu atronadora?
No entens aquesta llengua — que et parla entre perills?
Has desaparegut d'entendre an els teus fills?
Adéu, Espanya!

Hay ya un giro claro que coincide con el **giro del catalanismo**, cuando se forma la Lliga, inmediatamente después de la Guerra de 1898. Aun así, el catalanismo seguía ligado aún a principios del siglo XX a ambientes nostálgicos, semicarlistas, muy vinculados a la Cataluña rural, en manos muy frecuentemente de elementos clericales (como el obispo catalanista Torras i Bages), muy deslegitimados incluso entre muchas fuerzas políticas y sociales catalanas encuadradas en el liberalismo. En **1905-1906**, con el asalto de los militares a las redacciones de los periódicos catalanistas y con la formación de Solidaritat Catalana, la izquierda catalana se suma también al catalanismo, y **a partir de entonces el catalanismo ha presentado en general un frente unido de las distintas fuerzas catalanas** para, como mínimo, la lengua y la cultura catalanas. **Ya no es, como decía Lerroux, “la carcunda clerical regionalista”, ya no son los carlistas. De hecho, es al revés:** el españolismo empieza a adquirir un cierto tono chulesco, corrupto, encarnado en la figura de Lerroux, y con un Estado inestable y poco eficaz, que no proporciona servicios a los ciudadanos [recomiendo a este respecto los análisis de Aizpuru]. En los años 10 y 20 del siglo XX, el catalanismo dirigido por el estadista Cambó [aquí se corta la ponencia durante un tiempo indeterminado]...

Respecto al **nacionalismo vasco**, nunca había existido una entidad política vasca independiente o semiindependiente como el Principado de Cataluña dentro de la Corona de Aragón. Además, hasta finales del siglo XIX no contaba con una gran ciudad con una cultura

y una economía modernas (Bilbao tenía 30 000 habitantes, a lo sumo, en tiempos de la primera guerra carlista). Asimismo, la lengua vasca era una realidad más moribunda. Como en el caso catalán, hay una **fase romántica de exaltación meramente estética en el vasquismo**, muy integrada dentro de lo español: idea de los vascos como *verdaderos españoles*; es decir, **mitología muy integrada hasta ese momento dentro del nacionalismo español**. A mediados de los 90, en Bilbao, en plena Revolución Industrial, tras el fin de las guerras carlistas y con las nuevas relaciones establecidas con Inglaterra y al calor del desarrollo de la siderometalurgia vasca y las oleadas de migraciones castellanas, surge, alrededor de la figura de **Sabino Arana**, el **nacionalismo vasco**, con una **radicalidad completamente desconocida en el caso catalán desde el primer momento**: en términos de independencia, de repulsa de España; invención del neologismo *Euskadi*, “reformulación de la lengua” [en este respecto, Álvarez Junco habla de “invención de la lengua hasta cierto punto” y exagera la ininteligibilidad de las distintas variantes del euskera, cuando más bien hay una normalización, propia del resto de lenguas, como el castellano]. La **mitología nacionalista aranista** en torno al fanatismo católico, exclusivista, es de *vieja escuela*: carlista, centrado no en la lengua, sino en la *raza* (planteamiento más anticuado que el del catalanismo), con un repudio global de la modernidad, el liberalismo y sus males, y con una considerable base popular, sobre todo en las zonas rurales, pero con carencia de tres apoyos fundamentales: la mayor parte de los intelectuales (los intelectuales vascos son españoles en bloque), la burguesía industrial vasca y el proletariado industrial (básicamente, del PSOE en la zona de Bilbao). De hecho, el nacionalismo vasco se mantuvo en la marginalidad política durante varias décadas, salvo en ciertos entornos rurales. Hasta que en los años 20 y 30 va ganando más apoyos y, cuando llega la II República, el nacionalismo vasco plantea la excepcionalidad vasca alrededor de la exigencia de que los nacionalistas vascos tengan sus propias relaciones con el Vaticano, en contra de la separación Iglesia-Estado, pues consideran la religión católica como esencial a la identidad vasca. Durante la Guerra Civil española, la situación fue muy complicada en Euskadi: el PNV dudó si apoyaba a un bando u otro; optó por la República a cambio de un estatuto de autonomía, aunque luego firmó el pacto de Santoña, acoplándose después relativamente bien dentro del franquismo, si bien con grandes tensiones internas (algunos “vascos radicales”, por ejemplo, fueron fusilados por Franco). A fines de los 60, en pleno radicalismo sesentayochista, de la mitología del Che Guevara y el castrismo, de Ho Chi Minh, del marxismo revolucionario, de Frantz Fanon y de los pueblos colonizados que van a sublevarse contra el imperialismo, y del Concilio Vaticano II (círculos clericales muy radicalizados hacia la izquierda)... de todo ello surge con fuerza ETA. Desde entonces, el problema se ha prolongado y ha agravado. Problema gravísimo para el régimen franquista: los juicios de Burgos, de amplio eco y movilizaciones dentro y fuera de España; atentado contra Carrero Blanco en diciembre de 1973, golpe muy grave al régimen, al sucesor del Caudillo.

Al **éxito de los casos vasco y catalán** se sumó un **auténtico festival de nacionalismos, en mimetismo: eclosión de las identidades particulares**, diferenciales de la española, pues se veía que eso daba legitimidad para enfrentarse al régimen franquista. Álvarez Junco comenta el caso de la **mayor debilidad del nacionalismo gallego**, donde curiosamente podían existir más “razones objetivas” para su éxito [véanse las interpretaciones de Núñez Seixas, citadas en el propio libro de Álvarez Junco, *Mater dolorosa*, sobre el porqué; en la ponencia, Junco habla, con un lenguaje en todo caso confusionista, de que ello demuestra que los “factores étnicos” no son los más importantes para explicar el éxito del nacionalismo]: **inexistencia de una gran ciudad** donde las élites dirijan el

movimiento, hay una espita de salida para los descontentos a través de la **emigración**, sobre todo de los descontentos; el **galleguismo surgido en el Romanticismo** decimonónico, en los años 40, 50 y 60 del siglo XIX, está **ligado al liberalismo progresista; inexistencia de instituciones que pudieran convertirse en portaestandartes de la reivindicación autonomista** (en el caso catalán existía el recuerdo de la vieja Generalitat; en el vasco, las diputaciones forales); las redes clientelares, tanto las civiles como las religiosas, estaban dentro de las españolas, etc.

Los errores de la política franquista durante los últimos y la brutalidad con que se trató el caso vasco, aparte de “errores tácticos” de los gobiernos de la Transición en 1976-1977, hicieron que el problema se agravara en el caso vasco y que se consolidara el nacionalismo catalán, aunque sin derivar en una vía violenta [ni independentista en su mayoría, cabría añadir para los *desmemoriados*]. La **Constitución de 1978** se asentó en una **doble base de identidad, muy inestable**: por un lado, se habla de una identidad española indisoluble, eterna, y, por otro lado, se reconoce la existencia de *regiones y nacionalidades*, lo cual da a entender que se reconoce su derecho a plantear reivindicaciones en términos de soberanía frente a la soberanía española. **Problema de la España actual: la identidad del portador de la soberanía no ha terminado de ser definida.**

Conclusiones de Álvarez Junco a propósito de la situación actual: **el problema de los nacionalismos alternativos al español es relativamente muy reciente** (no tiene nada que ver con la mitología medievalista, con la *Guerra dels Segadors*, etc., sino con las **debilidades del Estado en el siglo XIX** y con la **brutalidad con que se impone el españolismo en el franquismo**, y con la legitimidad que adquieren vasquismo y catalanismo en el periodo de la lucha final antifranquista, que, al ser alternativos a la dictadura españolista, se convierten por definición en europeos y demócratas). Institucionalización de un régimen democrático a partir de 1978 [aquí es donde la ideología demócrata-burguesa de Álvarez Junco asoma más *la patita*], que no puede ser acusado de falta de legitimidad, en paralelo a las grandes transformaciones económicas: ya no hay dos islotes industrializados (Cataluña y Euskadi) en medio de un océano agrario; Madrid se ha erigido centro financiero y en parte industrial del país; se ha producido la integración de España en la UE; se han terminado, según Álvarez Junco, los motivos para el viejo complejo de inferioridad en relación con Europa; se desarrollan y expanden también nuevas entidades supranacionales como la OTAN, la ONU, etc., lo que lleva a pensar que el Estado-nación va a perder prerrogativas, que no tiene ya tanto atractivo como tenía hace 100 o 50 años el conseguir la independencia y ser un Estado nacional independiente [frente al discurso de Álvarez Junco, que contiene elementos de *verdad*, me permito remitir aquí al análisis del Comité por la Reconstitución, en varios editoriales de *Línea Proletaria*, sobre el *repliegue nacional* y la operatividad creciente del Estado como marco primigenio de acumulación de capital tras la crisis de 2008]; la idea de nacionalismo ha perdido parte de sus connotaciones racionalistas o progresistas, asociándose más bien a lo más atrasado, violento... ha cambiado el flujo de migraciones: grandes masas de inmigrantes en España, etc. [Verborrea final de Álvarez Junco en favor de una “ciudadanía cívica” y no una “ciudadanía étnica”, en favor del mantenimiento de la “identidad” nacional y supranacional, es decir, sin vislumbrar siquiera la existencia real de un mundo sin naciones, de una comunidad humana mundial, comunista; deseos piadosos inclusive respecto a la “hermandad” entre hablantes de las distintas lenguas existentes en el Estado español, etc.].